



Reflection from Fr. Melanio Viuya, MJ
Third Sunday of Lent

In the blazing sun of the Sinai desert, the Israelites found themselves in a crisis we all understand. When life became tough, they looked back at what was familiar—even if it was the slavery they had just been freed from. Despite witnessing extraordinary miracles, they doubted Moses and wondered, “*Is the Lord among us or not?*” Their thirst for water revealed a deeper longing, a need for trust and faith. In their struggle, they forgot the God who promised abundance, allowing the pain of the present to overshadow the hope of God’s promise.

At a well in Samaria, we meet a woman whose life tells a similar story. She had already five husbands and is presently living with another man. She has been searching for love and acceptance through a series of relationships, coming to draw water under the harsh midday sun. Her heart is tired, longing for something true and lasting. Yet in her thirst, she is about to encounter hope beyond her imagination.

There, she meets the **Seventh Man** —Jesus, the embodiment of completion and perfect love. Instead of offering yet another fleeting solution, He offers her Living Water: a love that knows her completely and loves her unconditionally. Her deepest thirst is met, not by another relationship, but by the transformative encounter with God’s grace.

Remember the three temptations Jesus overcame in the desert: power, possession and prestige. How many times have we gone back to them as if they were wells, like the Samaritan woman, to draw water hoping to quench our thirst.

Today, our modern “wells” might look a little different. We might turn to social media for validation, work tirelessly for career achievements, shop for the latest trends to boost our self-esteem, or seek distraction in entertainment and technology. Even good things—like relationships, success, or personal projects—can become wells we revisit, hoping they’ll fill the emptiness inside. Yet, with each new pursuit, we realize that these wells never truly quench our thirst. Only an encounter with the source of living water can bring the satisfaction and joy we desire.

Still, like the Israelites wandering in the desert, we sometimes resist God’s invitation, closing our hearts to His love. We may hear the gentle call to forgiveness, generosity, and open-mindedness, but old habits hold us back. The Psalm encourages us: “*If today you hear his voice, harden not your hearts.*” Let this be our call to courage—a reminder that every day brings a new invitation to transformation.

When the Samaritan woman receives Jesus’ living water, awe fills her soul: “*Could this be the Christ?*” In that moment, possibility and hope burst forth—her life forever changed by a single encounter.

There was a young man in Los Angeles who chased fame and fortune, only to discover that worldly success left him empty. His life began to change when he started serving others, finding deep joy in being a source of hope for the hungry and hurting. In serving, he discovered God’s presence, turning his question of “*Is the Lord among us?*” into a confident recognition of God in the faces of those around him.

So, where will you draw the water that truly satisfies?

Reflexión del Padre Melanio Viuya, MJ
Tercer Domingo de Cuaresma

Bajo el ardiente sol del desierto del Sinaí, los israelitas se enfrentaron a una crisis que todos comprendemos. Cuando la vida se volvió difícil, miraron hacia atrás a lo que conocían, aunque fuera la esclavitud de la que acababan de ser liberados. A pesar de haber presenciado milagros extraordinarios, dudaron de Moisés y se preguntaron, “*¿Está el Señor entre nosotros o no?*” Su sed de agua reveló un anhelo más profundo, una necesidad de confianza y fe. En su lucha, olvidaron al Dios que prometió abundancia, permitiendo que el dolor del presente eclipsara la esperanza de la promesa de Dios.

En un pozo en Samaria, conocemos a una mujer cuya vida cuenta una historia parecida. Había tenido ya cinco esposos y actualmente vivía con otro hombre. Ha buscado amor y aceptación a través de una serie de relaciones, llegando a sacar agua bajo el duro sol del mediodía. Su corazón está cansado, anhelando algo verdadero y duradero. Sin embargo, en su sed, está a punto de encontrar una esperanza más allá de su imaginación.

Allí, ella se encuentra con el **Séptimo Hombre** —Jesús, la personificación de la plenitud y el amor perfecto. En vez de ofrecerle otra solución pasajera, Él le ofrece Agua Viva: un amor que la conoce completamente y la ama incondicionalmente. Su sed más profunda es saciada, no por otra relación, sino por el encuentro transformador con la gracia de Dios.

Recuerda las tres tentaciones que Jesús superó en el desierto: poder, posesión y prestigio. ¿Cuántas veces hemos vuelto a ellas como si fueran pozos, como la mujer samaritana, para sacar agua esperando saciar nuestra sed?

Hoy, nuestros “pozos” modernos pueden verse un poco diferentes. Podemos acudir a las redes sociales en busca de validación, trabajar incansablemente por logros profesionales, comprar las últimas tendencias para aumentar nuestra autoestima o buscar distracción en el entretenimiento y la tecnología. Incluso cosas buenas—como las relaciones, el éxito o proyectos personales—pueden convertirse en pozos a los que volvemos, esperando que llenen el vacío interior. Sin embargo, con cada nueva búsqueda, nos damos cuenta de que estos pozos nunca sacian realmente nuestra sed. Solo un encuentro con la fuente de agua viva puede traer la satisfacción y la alegría que deseamos.

Aun así, como los israelitas que vagaban por el desierto, a veces resistimos la invitación de Dios, cerrando nuestros corazones a Su amor. Podemos escuchar el suave llamado al perdón, la generosidad y la apertura de mente, pero los viejos hábitos nos retienen. El Salmo nos anima: “*Si hoy escuchas su voz, no endurezcas tu corazón.*” Que esta sea nuestra llamada al valor—un recordatorio de que cada día trae una nueva invitación a la transformación.

Cuando la mujer samaritana recibe el agua viva de Jesús, el asombro llena su alma: “*¿Será este el Cristo?*” En ese momento, la posibilidad y la esperanza irrumpen—su vida cambia para siempre gracias a un solo encuentro.

Había un joven en Los Ángeles que buscaba fama y fortuna, solo para descubrir que el éxito mundano lo dejaba vacío. Su vida empezó a cambiar cuando comenzó a servir a otros, encontrando una profunda alegría al ser fuente de esperanza para los hambrientos y los heridos. Al servir, descubrió la presencia de Dios, transformando su pregunta “*¿Está el Señor entre nosotros?*” en un reconocimiento seguro de Dios en los rostros de quienes lo rodean.

Entonces, ¿de qué pozo sacarás el agua que realmente sacia?